

Capítulo 9:

INTERMEDIO NARRATIVO:

EL VISITADOR DOMINICANO MARCO DE MARCIANISE Y
SU AYUDANTE FRAY CORNELIO DE NIZA DEL
MONFERRATO FRENTE A FRAY DIONISIO PONCIO DE
NICASTRO.

Emilio Sola

Colección: E-Libros – La Conjura de Campanella
Fecha de Publicación: 28/04/2012
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

INTERMEDIO NARRATIVO:

EL VISITADOR DOMINICANO MARCO DE MARCIANISE Y SU AYUDANTE FRAY CORNELIO DE NIZA DEL MONFERRATO FRENTE A FRAY DIONISIO PONCIO DE NICASTRO.

Tanto fray Tomás Campanela como fray Dionisio Poncio, los dos agitadores principales de la Conjuración al decir de todos, al lado del joven veinteañero Mauricio de Rinaldi –un nombre, Reinaldo, de la saga caballerescas clásica del Orlando de Ariosto, tan popular, como una predestinación mítica--, eran frailes conflictivos en su propia orden dominicana, ella misma conflictiva en Nápoles y en Calabria.

Hay que remontarse, al menos, a los tumultos del convento de Santo Domingo de Nápoles, pocos años atrás, en 1595, origen de la enemistad entre el Visitador dominicano fray Marcos de Marcianise y fray Dionisio Poncio de Nicastro.

Fray Dionisio Poncio era sobrino de un padre Pedro Poncio, también dominico, que había sido Provincial de Calabria entre 1587 y principios de 1589, cuando le sucedió un padre Silvestre de Altomonte. Durante el desempeño de su oficio había sido duro en la corrección de los excesos de los frailes calabreses, había recibido amenazas de muerte y había sido encarcelado y condenado a tres años de galera un fraile, Paolo Jannizzi della Gotteria, que le había tendido una emboscada. Aún estaba encarcelado este fraile, cuando a fray Pedro Poncio lo asesinaron entre otros cuantos frailes, en el marco de las luchas por el poder de los dominicanos calabreses. Su sobrino fray Dionisio denunció el crimen e hizo caer sospechas también sobre el Visitador provincial, el padre Juan Bautista de Polistina. El asesino, fray Pietro de Catanzaro, huyó a Constantinopla, un fray Felipe Mandile de Taverna fue desterrado por el Provincial Polistina, y el propio Polistina, al final, terminó por ser encarcelado y pasó en prisión más de tres años entre Roma, Calabria y Nápoles. Hasta enero de 1598, en que volvió a Calabria y con la ayuda de otro exprovincial, el padre Giuseppe Datilo de Cosenza –conocido entre los frailes como el “Cepolla”--, preparó de alguna manera la venganza contra fray Dionisio Poncio, de su facción contraria.

Son los meses inmediatamente anteriores a la llegada de Campanela a Calabria, en el verano de 1598. El Nuncio papal en Nápoles, Jacopo Aldobrandini, cuya correspondencia conservada en Florencia es

importante para estos sucesos, comentaba nada más llegar a Nápoles en 1592 la vida licenciosa de los frailes y pedía a Roma poderes para poner remedio a aquella situación; Amabile llega a decir que los dominicanos en Nápoles entonces no tenían “ni austeridad ni regla” (I,p.26). Precisamente en el momento en el que fray Dionisio Poncio estaba en Nápoles por asuntos relacionados con el proceso por el asesinato de su tío fray Pedro Poncio, el Nuncio Jacopo Aldobrandini recibió poderes del papa y se decidió a intervenir en el convento de Santo Domingo de Nápoles, haciéndolo desalojar por sus frailes y trasladando allí a sesenta frailes reformados procedentes del convento della Sanità. La reacción fue violenta y los desalojados del convento de Santo Domingo, con ayuda de los frailes del convento de San Pedro Mártir, armados de armas de fuego y armas blancas, tomaron al asalto su antiguo convento y se fortificaron allí con municiones para seis meses y tocando las campanas para llamar a su auxilio a los napolitanos. De primeros de abril al 22 de junio se puede hablar de rebelión abierta contra el Nuncio Aldobrandini, y terminaron obteniendo el envío a Roma de dos delegados de su bando para exponer al papa sus razones.

Fray Dionisio Poncio estaba en Nápoles –y luego en Roma, en el momento álgido de los disturbios— y terminó enredado en estos sucesos. En Nápoles había nueve grandes conventos dominicanos, cuatro ordinarios y cinco reformados, pero Amabile resalta que estaban censados al menos 16 “fuegos” de dominicos, “con 682 ánimas”, la cifra más alta de frailes tras los franciscanos y los benedictinos (I,p.25). Entre frailes napolitanos, españoles y lombardos, con cuyos conventos se tenían buenas relaciones y se intercambiaban monjes, los calabreses podían tener dificultades de acceso a algunos de ellos; no es extraño que poco después, en 1606, se construyese el convento de Santa María de la Salud, después llamado Santo Domingo de los Calabreses.

También habría que reseñar el de Santo Domingo Soriano, en la zona de la actual piazza Dante napolitana, fundado por un excautivo en Argel, el fraile dominico calabrés fray Tomás Vesti, con el dinero recibido de otra compañera suya excautiva en Argel, Sara Rufo de Misuraca.

Fray Dionisio Poncio terminó instalándose primero en el monasterio de Santa Caterina a Formello y luego pasó al de San Pedro Mártir como “estudiante formal”, al decir de Amabile (I,p.28). En aquellos momentos revueltos, dos frailes, fray Marco de Marcianise y fray Ambrosio de Nápoles, hicieron privar de voz activa a los frailes no napolitanos, y estos enviaron a Roma un procurador elegido por ellos, que fue fray Dionisio Poncio; sus gestiones en Roma, pues, le situaron en el bando o facción contraria a fray Marco de Marcianise, y esto se acentuaría más aún con los tumultos, pues fray Marco de Marcianise era el superior de los hermanos del monasterio de la Caridad, precisamente con los que se había querido desalojar a los frailes de Santo Domingo; al tomar partido por los frailes de Santo Domingo contra los reformados, fray Dionisio Poncio agudizó el enfrentamiento con el que había de ser luego Visitador

de Calabria, fray Marco de Marcianise, en el momento de la Conjura, y uno de los jueces del proceso de herejía de los conjurados.

Por todo esto, cuando en mayo de 1599 los dominicos calabreses celebraron un Capítulo de su orden en Catanzaro, se podía hablar de dos facciones claras y opuestas en Calabria dispuestas a enfrentarse; el Presidente del Capítulo dominicano era fray Giulio Dattilo di Cosenza, y a su lado, como Definidor, fray Gio Battista de Polistina, cuya liberación y posterior vuelta a Calabria a principios del año anterior había puesto fin a su periodo de cárcel a causa de la muerte de fray Pedro Poncio. Campanela llevaba en la región desde el verano de 1598, y se había alojado en el convento de la Anunciata de Nicastro, de donde era prior fray Dionisio Poncio, con lo que podría considerarse de la facción contraria a las nuevas autoridades dominicanas en principio. Entre los compañeros de Campanela, otro fraile, fray Juan Bautista de Pizzoni, había sido particularmente sensible a las ideas de Campanela sobre cómo debería ser el estado de una óptima república antes del fin del mundo –uno de sus asuntos recurrentes, como una edad de oro--, y pensaba preparar algunas conclusiones precisamente para el Capítulo dominicano de mayo; por instigación de fray Juan Bautista de Polistina, sin embargo, fue condenado a cárcel por su mala vida y tuvo que hacer una espectacular huida para librarse de la cárcel, que causó escándalo en la ciudad; se refugió en un convento de Zoccolanti –franciscano--, pero por intervención del obispo de Catanzaro pudo defender con éxito su intervención y luego se retiró al pequeño monasterio de Pizzoni. También fray Dionisio se sintió perjudicado en el Capítulo de Catanzaro, pues no se le confirmó en su priorato de Nicastro y se vio reducido a simple lector asignado al convento de Taverna. Este puede considerarse el arranque de su nomadeo movilizador que debió de estar en el corazón de la Conjura de Calabria como la conocemos hoy (Amabile, I,p.159).

En el convento de Taverna fray Dionisio Poncio tuvo un incidente por una simple cuestión de precedencia en la mesa con un joven fraile, fray Cornelio de Niza del Monferrato –al que Campanela considera lombardo— que poco después, por consejo del exprovincial fray Giuseppe Datilo, de fray Juan Bautista de Polistina y de la facción contraria a fray Dionisio Poncio, fue elegido como compañero adjunto al Visitador que tenía que venir para los conventos de Calabria. Otro incidente violento de fray Dionisio por dar de palos a otro fraile también por un conflicto en la mesa, hizo que fuera condenado a destierro cerca de Catanzaro, bajo pena de galera y la privación del lectorado y del hábito durante tres años. En julio de 1599 llegó el Visitador comisionado por el padre General, que no era otro que el padre Marco de Marcianise, otro viejo enemigo de fray Dionisio Poncio. Y al que habían de asignar como compañero en su visita a los conventos dominicanos de Calabria precisamente a fray Cornelio de Niza.

A mediados de agosto de 1599, poco después de la denuncia de Lauro y Biblia, fray Cornelio de Niza ya escribe al General de los dominicos, Hipólito Beccaria, mencionando las herejías de los frailes sospechosos en paralelo a los bandidos de Stilo, e incluso las relaciones con los turcos, y a principios de septiembre escribe también al cardenal de Santa Severina sobre la herejía y la conjura.

El visitador Marco de Marcianise y su adjunto fray Cornelio de Niza iban a ser los protagonistas de los procesos de herejía que se abrieron en paralelo al proceso por conjura de Luis Jarava y Carlos Espinelo.

FRAY DIONISIO PONCIO Y FRAY CLAUDIO DE NIZA, DOS TEMPERAMENTOS APASIONADOS.

El mal encuentro del fraile Claudio de Niza con fray Dionisio Poncio en el convento de Taverna sirve a Luigi Amabile para dejar algunos rasgos del carácter de este hombre que había de ser esforzado investigador en los procesos; era joven, menudo y sonrosado –“giovane..., piccolo, rosetto” (I,p.196)—, así como vengativo, ambicioso y malvado –“vendicativo..., ambizioso e maligno all’ eccesso”—, con lo que su choque con el fraile calabrés le hacía más apasionado secuaz de la facción contraria a la de fray Dionisio en la verdadera guerra a muerte que se avecinaba.

Fray Dionisio Poncio, por su parte, es presentado por Amabile como un hombre de naturaleza impetuosa, inquieto, charlatán y vengativo (I,p.111), y que dejaba mucho que desear en lo relativo a costumbres, violento y lascivo. Era, además, un gran orador capaz de conmover “potentemente” al auditorio, hasta el perfil máximo: “sapeva lacrimare a tempo, ed una volta, predicando a monache, seppe anche cadere in deliquio” (Ib).

Era el prior del convento de la Anunciata de Nicastro cuando llegó allí Campanela a finales de julio de 1598, su primera residencia a la vuelta a Calabria, y en el convento estaban también dos viejos amigos de Campanela, el hermano de fray Dionisio, fray Pedro Poncio –de igual nombre que su tío asesinado años atrás— y fray Juan Bautista de Pizzoni, el protagonista de aquella fuga espectacular de Catanzaro a la que nos hemos referido. Fray Dionisio Poncio viajó a Roma y a Ferrara en los meses finales de 1598 y a principios de 1599 estaba de nuevo en Calabria, cuando se preparaba el Capítulo dominicano de Catanzaro en el que habían de tomar el poder con rotundidad sus enemigos más declarados, que le privaron del priorato de Nicastro, le redujeron a simple lector en el monasterio de Taverna y le amenazaron con condena a galeras y pérdida del hábito por tres años, como hemos visto.

De alguna manera, fray Dionisio Poncio y fray Cornelio de Niza –junto con el Auditor Fiscal Luis Jarava y luego Carlos Espinelo— se iban a convertir en los principales artífices de la desmesura de la Conjura de Calabria o Conjura de Campanela, que en otro límite expresivo bien podía ser la Conjura del Cigala.

Nombres todos ellos míticos para una posible narración de una posible realidad.